AQUEL VAGÓN DE FERROCARRIL

Tenía que encontrar la puerta para salir de aquel vagón de ferrocarril. Todos los pasajeros estaban sentados en posición rígida y giraban su cabeza, alternativamente, de derecha a izquierda: eran muñecos de madera policromada como los del juego de futbol de mesa. Se acercaba el conductor del tren: una serpiente que reptaba a través de los vagones emitiendo un silbido aterrorizante. A duras penas llegó hasta la puerta y se dio cuenta que el picaporte no funcionaba: la puerta parecía soldada a la carrocería. Mientras se esforzaba en abrir la puerta, miraba de soslayo a sus acompañantes que continuaban dando giros de 180 grados a la cabeza con el ritmo de la campana del paso a nivel; la fila de autos esperaba continuar viaje y el tren no avanzaba. Todavía no había entrado el conductor al vagón, el tren empezó a moverse despacio y la muchacha comenzó a transpirar: las gotas de sudor le corrían por la espalda, por los brazos y manos, el picaporte resbalaba sin moverse de su sitio hasta que, de repente se abrió la puerta. Salió rápidamente cerrándola de golpe y se vio a sí misma, dentro del vagón, tratando de abrir la puerta mientras se le acercaba el conductor.

MUJER DESESPERADA EN EL TREN

Tenía que encontrar la puerta para salir de aquel vagón. De pronto, encontró ante ella una escalera de edificio. Se percató que estaba en el tercer piso, las puertas cerradas y el silencio le animaron a decidirse. Comenzó a bajar despacio y llegó al segundo piso. Silencio. Continuó el descenso hasta el primer piso. No se escuchaban conversaciones o ladridos de mascotas. Al fin descendió los escalones hasta la planta baja: observó una puerta abierta de la que salía un aroma a comida recién cocinada de una fineza extraordinaria. El membrete señalaba “Aries restaurant”, no era importante su nombre. En cambio, ahí estaba cerrada la puerta del edificio: imponente con arabescos tallados sobre la madera, un diseño antiguo. La protegía una reja enrevesada y afuera le esperaba la libertad. Había encontrado la puerta, tiró de ella y penetró el ruido de la ciudad; asomó la cabeza, miró a ambos lados y se incorporó a la muchedumbre para alejarse del lugar. Atrás quedaba la desesperación: había despertado en un vagón de ferrocarril, rodeada de muñecos de madera policromada que giraban sus cabezas al unísono. Una serpiente pitón fungía como conductor, se desplazaba por el pasillo inspeccionando con la lengua bífida a cada pasajero. Ella era lo único comestible dentro del tren y le provocó un miedo insuperable, comenzó a sudar al percatarse de la proximidad del conductor que demoró el tiempo suficiente para que ella pudiera dirigirse a la puerta y accionar el picaporte. Tenía que encontrar la puerta y salir.